

RICARDO ANTUNES*

**DIEZ TESIS SOBRE EL TRABAJO DEL PRESENTE
(Y EL FUTURO DEL TRABAJO)****

**EL SIGLO XX Y LA ERA DE LA DEGRADACIÓN DEL TRABAJO
EN LA SOCIEDAD DEL AUTOMÓVIL**

El siglo XX, ya ido, puede ser señalado como el siglo del automóvil. Se trataba de una producción cronometrada, con ritmo controlado, producción homogénea, que buscaba que, como dijo Ford, la opción del consumidor fuese escoger entre un auto *Ford, color negro, modelo T* u otro auto *Ford, color negro, modelo T*. La línea de montaje, concebida en ritmo seriado, rígido y parcelado, generó una producción en masa, que objetivaba la ampliación del consumo también en masa, por operarios cuyos salarios también fueron incrementados.

Esta materialidad productiva que se desparramó hacia el mundo industrial y de servicios (hasta McDonald's nació bajo este signo) tuvo como corolario la genial descripción de Chaplin: la *degradación del trabajo unilateral, estandarizado, parcelado, fetichizado, cosificado y maquinal*. Animalizado (el “gorila amaestrado” del que hablaba Taylor), masificado, sufriendo hasta el mismo control de su sexualidad por el emprendimiento taylorista y fordista.

* Profesor titular de Sociología del Trabajo en la Universidad de Campinas (UNICAMP). Autor de *Los sentidos del trabajo* 2005 (Buenos Aires: Herramienta) y *¿Adiós al trabajo?* 2003 (Buenos Aires: Herramienta), entre otros libros.

** Traducción de Aldo Casas.

Aunque el trabajo era reglamentado y contratado, su degradación en la sociedad taylorizada y fordizada estaba estampada en la mecanización, precarización, manualización, desantropomorfización y, en el límite, alienación.

Este fue el cuadro dominante hasta el inicio de los años setenta, cuando ocurrió la crisis estructural del sistema productivo que, de cierto modo, se prolonga hasta los días de hoy, visto que el vasto y global proceso de reestructuración productiva todavía no cerró su ciclo.

Pues bien, con todos estos cambios se mostró que la empresa taylorista y fordista ya había cumplido su trayectoria. Se trataba, entonces, de implementar nuevos mecanismos y formas de acumulación, capaces de ofrecer respuestas al cuadro crítico que se diseñaba, especialmente a partir de la eclosión de las luchas sociales de 1968, en Francia, o del “Octubre caliente” de Italia de 1969, las cuales objetivaron el control social de la producción.

Fueron varias las experiencias ensayadas por el capital en su proceso de reestructuración: en Kalmar (Suecia); en el norte de Italia, con la llamada “Tercera Italia”; en California (Estados Unidos); en el Reino Unido; en Alemania y en otros diversos países y regiones, siendo el experimento toyotista de Japón el más expresivo de todos. Para los capitales se trataba, por consiguiente, de garantizar la acumulación de modo cada vez más flexible. De allí la gesta de la llamada empresa flexible o *liofilizada*.

Esta transformación estructural tuvo fuerte impulso después de las victorias del neoliberalismo, cuando un nuevo recetario, un nuevo diseño ideopolítico se presentó como alternativa de dominación en sustitución al *welfare state*. Se comenzaba a expandir otra pragmática que se articuló íntimamente con la reestructuración productiva en curso a escala global.

LA INGENIERÍA DE LA LIOFILIZACIÓN EN EL MICROCOSMOS DE LA PRODUCCIÓN

Esta reestructuración productiva se fundamentó en lo que el ideario dominante denominó como *lean production*, esto es, la empresa *desgrasada*, la *empresa moderna*, la empresa que constriñe, restringe, cohibe, limita el trabajo vivo, ampliando la maquinaria tecnocientífica que Marx denominara “trabajo muerto”. Y que rediseñó la planta productiva de un modo bastante distinto al del taylorismo-fordismo, reduciendo enormemente la fuerza de trabajo viva y ampliando intensamente su productividad. Reterritorializando y también desterritorializando el mundo productivo. El *espacio* y el *tiempo* se convulsionaron.

El resultado está en todas partes: desempleo explosivo, precarización estructural del trabajo, rebajas salariales, pérdida de derechos,

etcétera. Se verifica la expansión de aquello que Juan Castillo bautizó como “liofilización organizacional”: un proceso en el cual las sustancias vivas son eliminadas, puesto que el *trabajo vivo* es crecientemente sustituido por el *trabajo muerto* (Castillo, 1996).

En esta nueva empresa liofilizada, es necesario un nuevo tipo de trabajo, un nuevo tipo de lo que antes se llamaba trabajadores y actualmente los capitales denominan, místicamente, *colaboradores*. ¿Cuáles son los contornos de este *nuevo tipo de trabajo*?

Éste debe ser más *polivalente*, *multifuncional*, lo que es distinto del trabajo que se desarrollaba en la empresa taylorista y fordista. El trabajo que cada vez más buscan las empresas, ya no es aquel que se basaba en la especialización taylorista y fordista, sino el que floreció en la fase de *desespecialización multifuncional*, del *trabajo multifuncional*, que en verdad expresa la *enorme intensificación de los ritmos, tiempos y procesos del trabajo*. Y esto ocurre tanto en el mundo industrial como en el de los servicios, por no hablar de los agronegocios, que soterran la tradicional división entre los sectores agrícola, industrial y de servicios.

Además de operar por medio de varias máquinas, en el mundo del trabajo hoy presenciamos también la ampliación del *trabajo inmaterial*, realizado en las esferas de la comunicación, la publicidad y el *marketing*, propias de la sociedad de los logos, de las marcas, de lo simbólico, de lo que involucra y de lo superfluo, de lo *informacional*. Es lo que el discurso empresarial llama *sociedad del conocimiento*, presente en la identificación de Nike, en la concepción de un nuevo *software* de Microsoft, en el modelo nuevo de Benetton, que resultan de la labor *inmaterial* que, articulada e injerta en el trabajo *material*, expresan las formas contemporáneas del valor (Antunes, 2003 y 2005a).

Los servicios públicos, como los de salud, energía, educación, telecomunicaciones, jubilación, etcétera, también sufrieron, como no podía ser de otra manera, un notable proceso de reestructuración y se subordinaron a la máxima de la *mercantilización* que viene afectando fuertemente a los trabajadores del sector estatal y público.

El resultado parece evidente: se intensifican las formas de extracción de trabajo, se amplían las tercerizaciones, *las nociones de espacio y de tiempo también fueron metamorfoseadas* y todo eso cambia mucho el modo en que el capital produce las mercancías, sean ellas materiales o inmateriales, corpóreas o simbólicas. Donde había una empresa concentrada se la puede sustituir por varias pequeñas unidades interligadas por la red, con un número mucho más reducido de trabajadores, que producen muchas veces más. Afloran el trabajo de la telemática, el trabajo conectado en red, el trabajo en la casa, etcétera, con las más distintas formas de precarización (Huws, 2003). Las

repercusiones en el plano organizativo, valorativo, subjetivo e ideopolítico del mundo del trabajo son por demás evidentes.

El trabajo estable se torna, entonces, (casi) virtual. Estamos viendo, por lo tanto, la erosión del trabajo contratado y reglamentado dominante en el siglo XX y vemos su sustitución por las tercerizaciones, por gran parte de las flexibilizaciones, por las formas de trabajo *part-time*, por las diversas formas de *empresariado*, *cooperativismo*, *trabajo voluntario*, tercer sector, etcétera, de aquello que Luciano Vasapollo denominó “trabajo atípico” (Vasapollo, 2005).

El ejemplo de las cooperativas tal vez sea todavía más elocuente, dado que originalmente ellas nacieron como instrumento de lucha obrera contra el desempleo y el despotismo del trabajo. Hoy, por el contrario, los capitales vienen creando falsas cooperativas, como forma de precarizar todavía más los derechos del trabajo. Las *cooperativas* patronales tienen, pues, un sentido opuesto al proyecto original de las cooperativas de trabajadores, puesto que son verdaderos emprendimientos para destruir derechos y aumentar aún más las condiciones de precarización de la clase trabajadora. Similar es el caso del *empresariado*, que cada vez más se configura como una forma oculta de trabajo asalariado y que permite la proliferación, en el escenario abierto por el neoliberalismo y por la reestructuración productiva, de las distintas *formas de flexibilización salarial, de horario, funcional u organizativa*.

En este marco de *precarización estructural del trabajo* es que los capitales globales están exigiendo a los gobiernos nacionales el desmonte de la legislación social protectora del trabajo. Y flexibilizar dicha legislación significa aumentar aún más los mecanismos de extracción de plus-trabajo, ampliar las formas de precarización y destrucción de los derechos sociales que fueron arduamente conquistados por la clase trabajadora desde el inicio de la Revolución Industrial en Inglaterra, y especialmente post-1930 (tomando el caso brasileño). Y todo eso en plena era del avance tecnocientífico, con el desmoronamiento de tantas (infundadas) esperanzas optimistas pues, en pleno avance informacional, se amplía el mundo de la informalidad.

LA ERA DE LA INFORMATIZACIÓN Y LA ÉPOCA DE LA INFORMALIZACIÓN DEL TRABAJO

Hay, entonces, otra contradicción que se evidencia cuando se mira hacia la (des)sociabilidad contemporánea en el mundo del capital mundializado y financiarizado: cuanto mayor es la incidencia del ideario pragmático de la llamada *empresa moderna*, cuanto más racionalizado es su *modus operandi*, cuanto más se empeñan en la implantación de las *competencias*, de la *cualificación*, de la gestión del *conocimiento*,

más intensos parecen pasar a ser los niveles de degradación del trabajo (ahora, en el sentido de la pérdida de lazos y de la erosión de los reglamentos y convenios) para una parcela enorme de trabajadores/as.

En la cúspide tenemos trabajos ultracalificados que actúan en el ámbito informacional; en la base avanzan la precarización y el desempleo, ambos estructurales. En el medio, la hibridez: el ultracalificado hoy puede estar desempleado o precarizado mañana. Ambos están en expansión en el mundo del capital global.

Y, al apropiarse de la dimensión cognitiva del trabajo, al apoderarse de su dimensión intelectual –rasgo crucial del capitalismo de nuestros días– los capitales amplían las formas y los mecanismos aún “más coactivos, renovando las formas primitivas de violencia, toda vez que –paradójicamente, como dice Alberto Bialakowsky– al mismo tiempo las empresas necesitan cada vez más de la cooperación o el ‘envolvimiento’ subjetivo y social del trabajador” (Bialakowsky et al., 2003). Por lo tanto, en lugar del fin o la reducción de la relevancia de la teoría del valor-trabajo, hay una cualitativa alteración y ampliación de las formas y mecanismos de extracción del trabajo.

Es sintomático también el eslogan adoptado por Toyota en su unidad de Takaoka: “Yoi kangae, yoi shina” (*Buenos pensamientos significan buenos productos*), fijado en la bandera que flamea a la entrada (Bremner y Dawson, 2003). Pero es bueno recordar que estos proyectos de *involucramiento*, *flexibilización*, etcétera, terminan también por encontrar resistencia entre los trabajadores, según se vio en la protesta de 1.300 trabajadores del sistema de autocontratación (*Japan Press Weekly*, 21 de febrero de 2004: 13).

No es casualidad tampoco que Manpower –símbolo de empleo en los Estados Unidos– diga que “construye asociaciones con clientes en más de 60 países [...] más de 400 mil clientes de los más diversos segmentos, como comercio, industria, servicios y promoción. [...] Manpower está preparada para atender a sus clientes con *servicios de alto valor agregado*, como contratación y administración de empleados temporarios; reclutamiento y selección de profesionales efectivos para todas las áreas; programas de *trainees* y de grado; proyectos de tercerización y servicios de *contact center*; administración de R.H. (R.H. Total) y contratación de profesionales con alto grado de especialización (División Manpower Profesional)” (Manpower Brasil, <www.manpower.com.br>; énfasis propio).

Se tiene entonces, como resultante, que el predominio de la *razón instrumental* asume la forma de una enorme *irracionalidad societal*, lo cual plantea un desafío fundamental y candente: la deconstrucción de ese ideario y de esa pragmática es la condición para que la humanidad y, por lo tanto, también el *trabajo*, puedan ser verdaderamente

dotados de sentido, y puedan frenar el destructivo proceso de *desantropomorfización del trabajo* en curso desde el inicio de la Revolución Industrial.

La constatación es fuerte: en plena *era de la informatización del trabajo*, del mundo *maquinal y digital*, estamos conociendo la *época de la informalización* del trabajo, de los tercerizados, precarizados, subcontratados, flexibilizados trabajadores de tiempo parcial, del *subproletariado*.

Si en el pasado reciente de Brasil solo marginalmente la clase trabajadora padecía niveles de informalidad, hoy más del 50% se encuentra en esa condición (entendida la informalidad en sentido amplio): desprovista de derechos, fuera de la red de protección social y sin cartera de trabajo. Mayor desempleo, precarización exacerbada, rebajamiento salarial acentuado, pérdida creciente de derechos. Este es el diseño más frecuente de nuestra clase trabajadora, lo que anticipa un siglo XXI con *alta temperatura* también en las confrontaciones entre las fuerzas sociales del trabajo social y la totalidad del capital social global.

EL SIGLO XXI: ENTRE LA PERENNIDAD Y LA SUPERFLUIDAD DEL TRABAJO

Otro movimiento pendular alcanza a la clase trabajadora: por un lado, cada vez *menos* hombres y mujeres *trabajan mucho*, a un ritmo e intensidad semejantes a la fase pretérita del capitalismo, durante la génesis de la Revolución Industrial, lo cual configura una reducción del trabajo estable heredado de la fase industrial que conformó el capitalismo del siglo XX.

Dado que, sin embargo, los capitales no pueden eliminar *completamente* el trabajo vivo, logran reducirlo en varias áreas mientras lo amplían en otras, como se ve simultáneamente con la creciente apropiación de la dimensión cognitiva del trabajo y la paralela ampliación del trabajo descalificado y precarizado. Aquí encontramos, pues, el rasgo de *perennidad* del trabajo.

En el otro extremo del péndulo, cada vez *más* hombres y mujeres encuentran *menos trabajo* y se desparraman por el mundo en busca de cualquier labor, configurando entonces una creciente tendencia a la precarización del trabajo a escala global que va de los Estados Unidos al Japón, de Alemania a México, de Inglaterra a Brasil, y que tiene en la ampliación del desempleo estructural su manifestación más virulenta. Por ejemplo, China, país que crece a un ritmo perturbador, dadas las muchas peculiaridades de su proceso de industrialización hipertardía –que combina fuerza de trabajo sobrante e hiperexplotada con maquinaria industrial-informacional en ágil y explosivo desen-

volvimiento– presenta un contingente proletario industrial que sufrió reducciones en consonancia con el avance tecnocientífico en curso. Según Jeremy Rifkin, entre 1995-2002 China perdió más de 15 millones de trabajadores industriales (Rifkin, 2004). No es otro el motivo por el cual el Partido Comunista chino y su gobierno se alarman ante el salto de las protestas sociales, decuplicadas en los últimos años, cercanas a las 80 mil manifestaciones en el año 2005. Procesos similares ocurren también en la India y en tantas otras partes del mundo, como así también en nuestra América Latina.

Se reduce el trabajo taylorista-fordista de la era del automóvil, pero se amplía el universo de la *clase-que-vive-del-trabajo*, lo que nos remite a las formas contemporáneas del valor.

LA AMPLIACIÓN DEL TRABAJO INTELLECTUAL ABSTRACTO Y LAS NUEVAS FORMAS DEL VALOR (LAS INTERCONEXIONES ENTRE TRABAJO MATERIAL Y TRABAJO INMATERIAL)

Con la conversión del *trabajo vivo* y el *trabajo muerto* a partir del momento en que, por el desarrollo de los *softwares*, la máquina informacional pasa a desempeñar actividades propias de la inteligencia humana, se puede presenciar lo que Lojkin (1995) sugestivamente denominó “objetivación de las actividades cerebrales en la maquinaria”: transferencia del saber intelectual y cognitivo de la clase trabajadora hacia la maquinaria informatizada, que se convierte en lenguaje de la máquina informacional a través de las computadoras, con lo cual se acentúa la transformación del *trabajo vivo* en *trabajo muerto*.

Se profundiza entonces la creciente imbricación entre trabajo *material* e *inmaterial*, toda vez que se observa, en el mundo contemporáneo, además de la monumental precarización del trabajo antes referida, una significativa expansión del trabajo dotado de mayor dimensión intelectual, que se da en las actividades industriales más informatizadas así como en las esferas de los sectores de servicios o las comunicaciones, entre tantas otras.

Así, el *trabajo inmaterial* manifiesta la vigencia en la esfera informacional de la forma-mercancía: él es expresión del contenido *informacional* de la mercancía, y denota las mutaciones del trabajo en el seno de las grandes empresas y del sector de servicios, donde el trabajo manual directo está siendo sustituido por un trabajo dotado de mayor dimensión intelectual. Trabajo *material* e *inmaterial*, en la imbricación creciente que existe entre ambos, se encuentran por lo tanto centralmente subordinados a la lógica de producción de mercancías y de capital.

Coincidimos plenamente con Jean Marie Vincent cuando afirma que “la propia forma valor del trabajo se metamorfosea. Ella asume

crecientemente la forma valor del trabajo intelectual-abstracto. La fuerza de trabajo intelectual producida dentro y fuera de la producción es absorbida como mercadería por el capital que la incorpora para dar nuevas cualidades al trabajo muerto. [...] La producción material y la producción de servicios necesitan crecientemente de innovaciones, tornándose por esto cada vez más subordinadas a una producción creciente de conocimiento que se convierte en mercaderías y capital” (Vincent, 1993).

La nueva fase del capital en la era de la *empresa desgrasada* retransfiere el *savoir faire* hacia el trabajo, pero lo hace apropiándose crecientemente de su dimensión *intelectual*, de sus capacidades cognitivas, *intentando* incluir más fuerte e intensamente la subjetividad existente en el mundo del trabajo. Pero el proceso no se limita a esta dimensión: parte del *saber intelectual* es transferido hacia las máquinas informatizadas que se tornan *más inteligentes al reproducirlo*; aunque, como la máquina no puede eliminar cabalmente el trabajo humano, se requiere de una mayor *interacción* entre la subjetividad que trabaja y la nueva máquina inteligente. En este proceso, el *involucramiento interactivo* aumenta aún más el *extrañamiento* y la *alienación del trabajo*, con lo cual se amplían las formas modernas de la *reificación* y se distancia todavía más la subjetividad, en lo que Nicolas Tertulian –en el sentido de Lukács maduro– denominó, sugestivamente, el ejercicio de una “subjetividad auténtica y autodeterminada” (Tertulian, 1993).

Por lo tanto, en lugar de la sustitución del trabajo por la ciencia o aun de la sustitución de la producción de valores por la esfera comunicacional, de la sustitución de la producción por la información, lo que se puede ver en el mundo contemporáneo es una mayor *interrelación*, una mayor *interpenetración* entre las actividades productivas y las improductivas, entre las actividades fabriles y de servicios, entre las actividades laborales prácticas y las actividades de concepción, que se expanden en el contexto de la reestructuración productiva del capital. Lo que remite al desarrollo de una concepción ampliada para comprender *la forma de ser del trabajo* en el capitalismo contemporáneo, y no a su negación.

Es así como parecen equivocadas las tesis que postulan la prevalencia del trabajo inmaterial hoy (con la consecuente descalificación del valor). Por nuestra parte, creemos, al contrario, que las formas del trabajo inmaterial expresan las distintas modalidades del trabajo vivo necesarias para el incremento contemporáneo del valor. En la fase laboral práctica, en que el saber científico y el saber práctico se mezclan todavía más directamente, la *potencia creadora* del trabajo vivo asume tanto la forma –aún dominante– del trabajo material como la *modalidad tendencial* del trabajo inmaterial (Antunes, 2005a y 2005b).

Esta última no se convierte en desmedida, incluso porque no siendo única, y ni siquiera dominante –aquí aflora otro rasgo explosivamente eurocéntrico de tales tesis–, el trabajo inmaterial se convierte en *trabajo intelectual abstracto, que injerta crecientes coágulos de trabajo inmaterial en la lógica prevaleciente de la acumulación material, de modo que la medida del valor sigue siendo dada por el tiempo social medio de un trabajo cada vez más complejo, asimilándose a la nueva fase de producción de valor en las nuevas formas de tiempo (cada vez más virtual) y de espacio*. Por lo tanto, la creciente imbricación entre trabajo material e inmaterial configura no tanto una desactualización de la ley del valor sino más bien una adición fundamental para comprender los nuevos mecanismos de la teoría del valor hoy, en un contexto en que este movimiento sigue la lógica de la financiarización.

Ya citamos antes el ejemplo de Manpower, una transnacional que terceriza fuerza de trabajo en el ámbito mundial. También vimos que lo que para muchos resulta intangible es claramente contabilizado por Toyota. Finalmente, es preciso destacar que la *inmaterialidad* es una tendencia, en tanto que la *materialidad* es todavía largamente prevaleciente, en especial si se mira al capitalismo a escala global, mundializado, diseñado por la (nueva) división internacional del trabajo en la que, vale recordar una vez más, dos tercios de las personas que trabajan se encuentran en los países del Sur.

La *explosión* china en la última década (para no hablar de la India), enraizada en una enorme fuerza de trabajo sobrante, en la incorporación de tecnología informacional y en la estructuración en red de las transnacionales, articulado todo con un control socio-técnico de los trabajadores, viene permitiendo una explotación desmesurada de la fuerza de trabajo y, consecuentemente, una expansión monumental del valor que invalida (empírica y teóricamente) la teoría de la irrelevancia del trabajo vivo en la producción de valor. Además, los ejemplos de China e India evidencian la fragilidad de las tesis que defienden la preeminencia de la inmaterialidad del trabajo como forma de *superación* o *inadecuación* de la ley del valor.

Del trabajo intensificado de Japón al trabajo contingente presente en los Estados Unidos, de los inmigrantes que llegan a un Occidente avanzado al submundo del trabajo en el polo asiático, de las *maquiladoras* en México a los precarizados de toda Europa Occidental, de Nike a los McDonald’s, de General Motors a Ford y Toyota, de las trabajadoras de los *call centers* a los trabajadores de Wall Mart, se pueden constatar distintas modalidades de trabajo vivo, en la cúspide o en la base, pero todas de algún modo necesarias para la expansión de las nuevas formas de agregación del valor.

SOCIEDAD POSTINDUSTRIAL O INTERPENETRACIÓN DE LOS SECTORES EN LA ERA DE LA FINANCIARIZACIÓN

Hemos visto que una reestructuración productiva global en prácticamente todo el universo industrial y de servicios –consecuencia de la nueva división internacional del trabajo– exigió mutaciones tanto en el plano de la organización socio-técnica de la producción y del control del trabajo como en los procesos de reterritorialización y desterritorialización de la producción, entre otras muchas consecuencias. Todo eso en un período marcado por la mundialización y la financiarización de los capitales, lo que torna obsoleto el intento de tratar independientemente los tres sectores tradicionales de la economía (industria, agricultura y servicios), dada la enorme interpenetración entre esas actividades, como ejemplifican la *agroindustria*, la *industria de servicios* y los *servicios industriales*. Cabe aquí señalar (incluso por las consecuencias políticas que se derivan de tal idea) que reconocer la interdependencia sectorial es muy diferente a hablar de sociedad *postindustrial*, concepción cargada de significación política.

LAS MÚLTIPLES TRANSVERSALIDADES DEL TRABAJO: GÉNERO, GENERACIÓN Y ETNIA

El mundo del trabajo vive un aumento significativo del contingente femenino, que llega a ser más del 40%, o incluso más del 50% de la fuerza de trabajo en diferentes países avanzados, y que ha sido absorbido por el capital preferentemente en el universo del trabajo *part-time*, precarizado y desreglamentado. En el Reino Unido, por ejemplo, el contingente femenino superó al masculino en la composición de la fuerza de trabajo (en el año 1998). Se sabe que esta expansión del trabajo femenino tiene, sin embargo, un signo inverso cuando se trata de la temática salarial y de los derechos, pues la desigualdad salarial de las mujeres respecto de los varones contradice su creciente participación en el mercado del trabajo. Su porcentual de remuneración es mucho menor al obtenido por el trabajo masculino. Frecuentemente ocurre lo mismo en lo que hace a los derechos y condiciones de trabajo.

En la *división sexual del trabajo* operada por el capital dentro del espacio *fabril*, generalmente las actividades de concepción o las basadas en *capital intensivo* son llevadas a cabo por trabajadores hombres, mientras que las dotadas de menor cualificación, más elementales y frecuentemente fundadas en *trabajo intensivo*, son destinadas a las mujeres trabajadoras (y, muy habitualmente también, a los trabajadores/as inmigrantes y negros/as). Esto sin hablar del trabajo duplicado en el mundo de la producción y la reproducción, ambos imprescindibles para el capital (Pollert, 1996).

Con el enorme incremento del nuevo *proletariado informal*, del subproletariado fabril y de servicios, nuevos puestos de trabajo son tomados por los inmigrantes como los *gastarbeiters* en Alemania, el *lavoro nero* en Italia, los *chicanos* en Estados Unidos, los inmigrantes del Este europeo (polacos, húngaros, rumanos, albaneses, entre otros) en Europa Occidental, los *dekaseguis* en Japón, los bolivianos en Brasil, los *brasiguayos* en Paraguay, etcétera. Vale recordar que la explosión de la periferia parisiense a fines del 2005 mostró elocuentemente las conexiones entre trabajo, no trabajo, precarización, inmigración, generación, etcétera.

En lo que concierne al trabajo generacional, los jóvenes y los viejos son excluidos del mercado del trabajo: los primeros acaban muchas veces engrosando las filas de los desempleados y al llegar a la edad de 35-40 años difícilmente tengan la posibilidad de acceder a un nuevo empleo.

Paralelamente, en las últimas décadas hubo una importante inclusión de los niños en el mercado del trabajo, particularmente en los países de industrialización intermedia y subordinada, como en los asiáticos y latinoamericanos, pero alcanza también a numerosos países centrales. Aunque esta tendencia muestra importantes síntomas de declinación, es aún muy significativa (e incluso inconmensurable) en países como China, India, Brasil, por ejemplo.

De este modo, son ricos los clivajes y las transversalidades existentes hoy entre los trabajadores estables y precarios, hombres y mujeres, jóvenes y viejos, nacionales e inmigrantes, blancos, negros, indios, calificados y descalificados, *incluidos* y *excluidos*, entre tantos otros ejemplos que configuran lo que venimos denominando como la *nueva morfología del trabajo*. Lo que nos lleva a la tesis siguiente.

DISEÑANDO LA NUEVA MORFOLOGÍA DEL TRABAJO

A diferencia de las tesis que abogan el fin del trabajo, creo que el desafío que enfrentamos es comprender la *nueva polisemia del trabajo*, esa *nueva morfología* cuyo elemento más visible es el diseño multifacético que resulta de las fuertes transformaciones que atravesaron al mundo del capital en las últimas décadas.

Nueva morfología que comprende desde el operario industrial y rural clásicos, en relativo proceso de retracción (desigual, cuando se comparan los casos del Norte y los del Sur), hasta los asalariados de servicios, los nuevos contingentes de hombres y mujeres tercerizados, subcontratados, temporarios, que se amplían. *Nueva morfología*, en la que se puede ver, simultáneamente, la retracción del operario industrial de base taylorista-fordista y, por otro lado, la ampliación de las nuevas modalidades de trabajo que siguen la lógica de la flexibili-

dad toyotizada, según ejemplifican las trabajadoras *de telemarketing* y *call center*, los *motoqueros* que mueren en las calles y avenidas, los digitalizadores que trabajan (y se lesionan) en los bancos, los asalariados del *fast food*, los trabajadores jóvenes de los hipermercados, etcétera. Estos contingentes son parte constitutiva de las fuerzas sociales del trabajo que Ursula Huws denominó como “*cybertariat*”, el nuevo proletariado de la era de la cibernética que vive un trabajo (casi) virtual en un mundo (muy) real” (Huws, 2003), glosando el sugestivo título de su libro que discurre sobre las nuevas configuraciones del trabajo en la era digital, de la informática y de la telemática, nuevos trabajadores y trabajadoras que oscilan entre la enorme heterogeneidad (de género, etnia, generación, espacio, nacionalidad, calificación, etcétera) de su forma de ser y el impulso tendiente hacia una fuerte homogeneización que resulta de la condición precarizada de los distintos trabajos.

LA DESJERARQUIZACIÓN DE LOS ORGANISMOS DE REPRESENTACIÓN DEL TRABAJO

Si el impulso a la flexibilización del trabajo es una exigencia de los capitales a escala cada vez más global, las respuestas del mundo del trabajo deben configurarse de maneras crecientemente internacionalizadas, mundializadas, articulando íntimamente las acciones nacionales con sus nexos internacionales. Si la era de la mundialización del capital se realizó de modo aún más intenso en las últimas décadas (Chesnais, 1996a y 1996b), entramos también en la era de la mundialización de las luchas sociales, de las fuerzas del trabajo ampliadas por las fuerzas del no trabajo expresadas en las masas de desempleados que se expanden por el mundo (Bernardo, 2004).

En la Argentina, por ejemplo, hemos presenciado nuevas formas de confrontación social, como la explosión del movimiento de trabajadores desocupados; los *piqueteros* que *cortan las rutas* para frenar la circulación de mercaderías (con sus claras repercusiones en la producción) y para llamar la atención sobre el flagelo del desempleo; además de la expansión de la lucha de los trabajadores en torno a las empresas *recuperadas*, ocupadas durante el período más crítico de la recesión argentina, en los inicios de 2001. Recordemos, al respecto, que la suma de las empresas bajo el control-dirección-gestión de los trabajadores ya alcanza las dos centenas. Fueron todas respuestas decisivas frente al desempleo e indicaron nuevas formas de luchas sociales del trabajo.

Asimismo, los eventos ocurridos en Francia hacia fines de 2005, con las explosiones de los inmigrantes (con poco o sin trabajo directamente) y la destrucción de millares de autos (el símbolo del siglo XX),

las majestuosas manifestaciones de los estudiantes y trabajadores en lucha contra el Contrato del Primer Empleo a comienzos de 2006, son también experimentos seminales, poblados de significados.

Esta nueva morfología del trabajo no podría dejar de afectar a los organismos de representación de los trabajadores, de ahí la enorme crisis de los partidos y sindicatos. Que muchos analistas de esta crisis vieran un carácter terminal para los organismos de clase es otra cuestión. Aquí queremos solamente registrar que la *nueva morfología del trabajo* significa también un *nuevo diseño de las formas de representación de las fuerzas sociales y políticas del trabajo*. Si la industria taylorista y fordista es más parte del pasado que del presente (al menos tendencialmente), ¿cómo imaginar que un sindicalismo verticalizado podría representar este nuevo y compuesto mundo del trabajo? (Bihar, 1991). Y más aún: ¿qué es ser un “partido político distinto” –Marx– *de clase*, hoy, cuando muchos siguen arraigados y prisioneros ya sea de la vieja socialdemocracia que adhirió al neoliberalismo o del vanguardismo típico del siglo XX?

Una conclusión se impone, a guisa de hipótesis: hoy debemos reconocer (e incluso saludar) la *desjerarquización* de los organismos de clase. La antigua máxima que indicaba que primero venían los partidos, después los sindicatos y, por fin, los demás movimientos sociales, ya no tiene respaldo en el mundo real ni en sus luchas sociales. Lo más importante, hoy, es el movimiento social, sindical o partidario, que aprehende las *raíces* de nuestras marañas y engranajes sociales y percibe aquellas cuestiones que son *vitales*. Y, para hacerlo, *para ser radical*, es imprescindible conocer la nueva morfología del trabajo, como así también los complejos engranajes del capital.

UN NUEVO SISTEMA DE METABOLISMO SOCIAL: AUTODETERMINACIÓN Y TIEMPO DISPONIBLE

La construcción de un nuevo sistema de metabolismo social (Mészáros, 1995), de un nuevo *modo de producción y de vida* fundado en la *actividad autodeterminada*, basado en el *tiempo disponible* (para producir valores de uso socialmente necesarios), en la *realización del trabajo socialmente necesario* y contra la *producción heterodeterminada* (basada en el tiempo excedente para la producción exclusiva de valores de cambio para el mercado y para la reproducción del capital) es un imperativo crucial de nuestros días.

Dos principios vitales se imponen entonces:

1. *El sentido societal dominante será dirigido a la atención de las efectivas necesidades humanas y sociales vitales, sean ellas materiales o inmateriales.*

2. *El ejercicio del trabajo, desprovisto de sus distintas formas de extrañamiento y alienación, generadas por el capital, será sinónimo de autoactividad, esto es, actividad libre basada en el tiempo disponible.*

Con la lógica del capital y su sistema de metabolismo societal, la producción de valores de uso socialmente necesarios se subordinó al valor de cambio de las mercancías; de este modo, las funciones productivas básicas, como también el control de su proceso, fueron radicalmente separadas entre aquellos que *producen* y aquellos que *controlan*. Como dice Marx, el capital operó la separación entre trabajadores y medios de producción, entre el “caracol y su concha” (Marx, 1971: 411), con lo cual se profundizó la separación entre la producción volcada hacia la atención de las necesidades humano-sociales y las necesidades de autorreproducción del capital.

Habiendo sido el primer *modo de producción* en crear una lógica que no toma en cuenta prioritariamente las reales necesidades sociales sino la necesidad de reproducir el capital de modo cada vez más ampliado, se instauró un “modo de producción que se distancia de las reales necesidades autoproducidas de la humanidad” (Mészáros, 2002).

El otro principio societal imprescindible estará dado por la conversión del trabajo en *actividad vital, libre, autoactividad*, fundada en *el tiempo disponible*. Lo que significa rechazar la disyunción dada por el *tiempo de trabajo necesario* para la reproducción social y el *tiempo de trabajo excedente* para la reproducción del capital. Este último debe ser radicalmente eliminado.

El ejercicio del trabajo autónomo, eliminado el porcentaje de tiempo excedente para la producción de mercancías, eliminado también el tiempo de producción *destrutivo y superfluo* (esferas estas controladas por el capital), posibilitará el rescate verdadero del sentido estructurante del trabajo vivo, contra el *sentido (des)estructurante del trabajo abstracto para el capital* (Antunes, 2003 y 2005a). Esto porque, bajo el sistema de metabolismo social del capital, el trabajo que *estructura* al capital *desestructura* al ser social.

De modo radicalmente contrario, en una nueva forma de sociabilidad, plenamente emancipada, construida por los “individuos libremente asociados o por la asociación libre de los trabajadores” (Marx), el florecimiento del *trabajo social que desestructura el capital a través de la atención de las auténticas necesidades humano-sociales desestructurará al capital*. Dando un nuevo sentido tanto a la vida *dentro* del trabajo como a la vida *fuera* del trabajo.

BIBLIOGRAFÍA

- Antunes, Ricardo 2003 *¿Adiós al trabajo?* (Buenos Aires: Herramienta) 2ª ed.
- Antunes, Ricardo 2005a *Los sentidos del trabajo* (Buenos Aires: Herramienta/TEL).
- Antunes, Ricardo 2005b *O caracol e sua concha: ensaios sobre a nova morfologia do trabalho* (San Pablo: Boitempo).
- Bernardo, João 2004 *Democracia totalitária* (San Pablo: Cortez).
- Bialakowsky, Alberto *et al.* 2003 “Dilución y mutación del trabajo en la dominación social local” en *Revista Herramienta* (Buenos Aires) N° 23.
- Bidet, Jacques y Texier, Jacques 1995 *La crise du travail. Actuel Marx confrontation* (París: Press Universitaires de France).
- Bihl, Alain 1991 *Du “Grand Soir” a “L’Alternative”. Le mouvement ouvrier européen en crise* (París: Les Editions Ouvrieres/Edición brasileña 1998 San Pablo: Boitempo).
- Bremner, B. y Dawson, C. 2003 en *Business Week* 18 de noviembre.
- Castillo, Juan J. 1996 *Sociología del trabajo* (Madrid: CIS).
- Chesnais, François 1996a “Contribution au débat sur le cours du capitalisme à la fin du XX siècle” en *Actualiser l’économie de Marx. Actuel Marx confrontation* (París: Press Universitaires de France).
- Chesnais, François 1996b *A mundialização do capital* (San Pablo: Xamã).
- Japan Press Weekly* 2004, N° 2371, 21 de febrero.
- Huws, Ursula 2003 *The making of a cybertariat (virtual work in a real world)* (Nueva York/Londres: Monthly Review Press/The Merlin Press).
- Lojkin, Jean 1995 “De la Révolution Industrielle à la Révolution Informationnelle” en Bidet, Jacques y Texier, Jacques *La crise du travail. Actuel Marx confrontation* (París: Press Universitaires de France).
- Manpower Brasil, <www.manpower.com.br>
- Lukács, Georg 1981 *Ontologia dell’essere sociale* (Roma: Riuniti) II, 1.
- Marx, Karl 1971 *O Capital* (Río de Janeiro: Civilização Brasileira) Vol. 1, 1.
- Mészáros, István 2002 *Para além do capital* (San Pablo: Boitempo).
- Neffa, Julio 2003 *El trabajo humano* (Buenos Aires: CONICET).
- Pollert, Anna 1996 “Team work on the assembly line: contradiction and the dynamics of union resilience” en Ackers, P. *et al.*, op. cit.
- Rifkin, Jeremy 2004 “Return of a conundrum” en *The Guardian* 2 de marzo.

- Tertulian, Nicolas 1993 "Le concept d'aliénation chez Heidegger et Lukács" en *Archives de Philosophie-Reserches et Documentation* (París) N° 56, julio-septiembre.
- Tosel, André 1995 "Centralité et non-centralité du travail ou la passion des hommes superflus" en Bidet, Jacques y Texier, Jacques *La crise du travail. Actuel Marx confrontation* (París: Press Universitaires de France).
- Vasapollo, Luaciano 2005 *O trabalho atípico e a precariedade* (San Pablo: Expressão Popular).
- Vincent, J. Marie 1993[2] "Les automatismes sociaux et le *general intellect*" en *Paradigmes du travail, futur antérieur* (París: L'Harmattan) N° 16.
- Vincent, J. Marie 1995 "Flexibilité du travail et plasticité humaine" en Bidet, Jacques y Texier, Jacques *La crise du travail. Actuel Marx confrontation* (París: Press Universitaires de France).

ALBERTO L. BIALAKOWSKY*
MARÍA IGNACIA COSTA
M. MERCEDES PATROUILLEAU

APORTES A UNA TEORÍA DEL CAMBIO
GUBERNAMENTALIDAD, FUERZAS
PRODUCTIVAS Y PRAXIS DE SUJETOS
COLECTIVOS EN NUEVA ÉPOCA

NOTAS INICIALES

Con esta ponencia nos proponemos colocar en debate e intercambio elaboraciones iniciales para la formulación *colectiva* (Kuhn, 1962)¹ de una *teoría de la transición* (Mészáros, 1999), a partir de la revisión crítica de conceptos vinculados al capitalismo como sistema de dominación y a la praxis de sujetos colectivos en nueva época en el contexto latinoamericano y, principalmente, argentino. Los desarrollos se refe-

* Director e Integrantes Becarias Doctorales del Proyecto de Investigación Ubacyt S015 y Ubacyt S064, Instituto de Investigaciones Gino Germani, Facultad de Ciencias Sociales, Universidad de Buenos Aires, e-mail: albiala@mail.fsoc.uba.ar. El artículo está escrito por una voz plural, colectiva. En nuestra concepción teórica y metodológica lo colectivo constituye múltiples espesores y dimensiones, y se encuentra sujeto siempre a tensiones discursivas. La letra de esta praxis puede verse entonces sujeta también a estas fuerzas. Su escritura contiene, así, posturas dispuestas al intercambio y a mediaciones, en un esfuerzo por converger las miradas analíticas singulares en un marco teórico que contenga la historicidad de un proceso de construcción de conocimiento colectivo. Agradecemos especialmente la colaboración de Nora M. Haimovici, integrante del equipo del Proyecto de Investigación Ubacyt.

1 Significativamente, en la *Posdata: 1969* en su difundido texto *La estructura de las revoluciones científicas*, Thomas S. Kuhn señalaba como conclusión: "El conocimiento científico como lenguaje, es intrínsecamente la propiedad común de un grupo o ninguna otra cosa, en absoluto..." (1962: 319).